

El comercio justo como viaje interior

Xabier Giménez Sasieta. ALBOAN

(Artículo publicado en El Correo. 13 de mayo de 2016)

Nunca me han gustado las historias tristes. Leer acerca de las desgracias ajenas me abrumaba, y a menudo me sentía manipulado. Como si quisieran hacerme sentir mal para que soltara dinero. Con el que comprar mi tranquilidad. Así de equivocado estaba.

Y es que la perspectiva de uno cambia radicalmente cuando pasa de *leer* esas historias a *vivirlas*, aunque solo sea como testigo directo de algunos de los dramas que permitimos en el mundo.

El trabajo deshumanizador que soportan muchos de los habitantes de los países del Sur es un buen ejemplo de ello. Vivir en su mundo, ver sus fábricas hacinadas, sus jornadas interminables y sus míseros sueldos te cambia la visión y la actitud. Te vuelve más humano. Te vuelve humano.

Sería ingenuo decir que el comercio justo es la solución mágica a las injusticias del mundo, como la pobreza, las guerras, las personas desplazadas (de triste actualidad), o la deshumanización. Son problemas complejos, multifactoriales, que requieren de soluciones elaboradas y múltiples. La educación, el comercio justo o las inversiones en industria, economía e infraestructuras son acciones básicas para conseguir que las gentes de países en desarrollo vivan de un modo digno y justo.

Pero Justicia no es solo dar a cada uno lo suyo. Los antiguos griegos decían que la Justicia era la Virtud Fundadora. Fundadora de las demás virtudes: De la Templanza, la Prudencia o la Valentía. Hoy en día, defender la justicia en nuestras sociedades ensimismadas es la piedra angular de un cambio transformador en todo el mundo.

Por eso el comercio justo, y todo lo que representa, es una condición necesaria para conseguir esos objetivos. Muchos piensan que el comercio justo se limita apenas a comprar un kilo de café de vez en cuando a un precio desorbitado. Yo mismo lo pensaba, cuando vivía muy profundamente en mi mente, en la comodidad de mi caverna. La que sólo nos permite ver las sombras de la realidad. Y estaba convencido de que el teatro que se nos representa en la televisión, en las redes sociales y en las palabras vacías de muchos políticos era la propia realidad.

En un mundo complejo y cambiante, tendemos a simplificar las cosas. Este partido político es bueno y el otro malo. Esta dieta es un milagro para el sobrepeso. Si estudias una ingeniería tendrás trabajo. El comercio justo sólo es pagar más por el mismo café.

Vivimos en una especie de Matrix. Un mundo simplificado y explicado a nuestra medida, que nos hace sentirnos bien... aunque no sea del todo cierto.

El comercio justo es mucho más que eso: Por un lado, implica remunerar al productor de un modo justo: con un salario acorde con sus esfuerzos y sacrificios y que le permita llevar una vida digna. Implica también que los productores locales se organicen en torno a empresas con un funcionamiento democrático. No necesariamente cooperativas, sino al menos en empresas que fomenten la participación de sus trabajadores. Y por supuesto, de sus trabajadoras, que también existen. Y es que la democracia participativa en las empresas es el mejor camino para que las mujeres tengan una presencia fuerte, y que su voz y sus votos se hagan notar en la toma de decisiones. Evitando de este modo la

marginación y la discriminación de género, por desgracia tan presente. Y que se acentúa más si cabe en los países del Sur, en los ambientes rurales o en el mundo de la empresa.

El comercio justo implica también un compromiso en contra del trabajo infantil, más allá del ocasional que se pueda producir en el seno de la familia, y siempre bajo una escolarización plena. Pero es Tolerancia Cero con obligar a niñas y a niños a trabajos pesados, jornadas interminables o responsabilidades laborales que les roban su infancia.

Supone asimismo apostar por la sostenibilidad ecológica y medioambiental. No sólo en las industrias agroalimentarias (que también, que además producen alimentos sin pesticidas u hormonas, y con mejores nutrientes), sino en todo tipo de empresas.

Podría seguir mucho más, tal es el alcance transformador del modelo de comercio justo, pero solo añadiré que éste exige y asegura una relación equilibrada entre importador y productor, así como una disminución de los intermediarios, que a menudo apenas aportan valor a la cadena comercial e inflan los precios. Por tanto, no crea relaciones de poder entre, digamos, adinerados compradores del norte y pobres vendedores del sur, sino que fomenta un equilibrio basado en la justicia. Si, la que transforma el mundo.

En definitiva, detrás del comercio justo no hay solo una compra puntual, a veces impulsiva o fruto de una mala conciencia, sino todo un cambio de paradigma de producción, trabajo, comercio y humanización de las estructuras productivas.

Muchas veces escuchamos, sobre cualquier iniciativa transformadora, que ésta no va a cambiar nada. Es la voz de los pesimistas. Que el mundo es así, que siempre habrá injusticias, que los poderosos controlan la economía...

Que nos da pereza.

A veces son temores honrados, de gente que adelanta acontecimientos y juega mentalmente con una cadena derrotista de sucesos. Viven en sus mentes, construyendo una realidad distorsionada y fatalista. El error es confundir los miedos con la realidad. La realidad cambia, evoluciona y se transforma. Mejora con la acción de personas comprometidas. Mujeres y hombres valientes que se preocupan esencialmente de discernir qué es lo correcto y lo llevan a cabo sin importar dificultades o alcance. Porque comprometerse con la justicia es también un camino interior.

El caso es que siguen sin gustarme las historias tristes. Pero precisamente por eso apoyo el comercio justo.